

HISTORIA DE ESPAÑA
ILUSTRADA,
DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS,

Ó SEA

COLECCION DE LITOGRAFÍAS

REPRESENTANDO LOS PRINCIPALES HECHOS HISTÓRICOS DE CADA ÉPOCA,

CON TEXTO AL DORSO,

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO.

~~~~~  
Época segunda.— La España árabe.— Tomo segundo.  
~~~~~



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 24 Y 26.

1872.



Capilla Arzobispal
Biblioteca Universitaria

61558

13657

DP66

C 36

V. 2

Es propiedad.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

INTRODUCCION.

La última hora de la dominación gótica en España había sonado en las orillas del Guadalete.

Aquella serie de monarcas-soldados que tan brillantemente se inaugurara con Alarico, fue sucesivamente degenerando hasta el afeminado y vicioso Rodrigo.

El pueblo godo, tan valiente, tan esforzado en sus primeros años, enervado y corrompido en sus postrimerías, necesitaba un cauterio terrible, una regeneración completa que no podía dársele más que una invasión extranjera.

Conforme en otro tiempo la Providencia eligiera á las razas bárbaras del Norte para castigar la degradación de los pueblos del Mediodía, los pueblos del Oriente fueron elegidos á su vez para castigar la abyección en que se postrarán los antiguos destructores de Roma.

Del mismo modo que los bárbaros estuvieron esperando durante largos años la ocasión propicia para arrojar sobre la Roma de los Césares, los musulmanes aguardaron también el momento oportuno para lanzarse sobre la España de los Recaredos y de los Wambas.

El Danubio estuvo separando por largo espacio á las razas indo-germánicas de las latinas; un brazo de mar separó igualmente á las razas semíticas de las germánicas.

Una traición franqueó el paso de aquel estrecho, y conforme el bronco sonido del caracol de los hijos del Norte hizo temblar el soberbio Capitolio, el ronco toque del atabal moruno hizo bambolear sobre sus cimientos la soberbia basilica de Toledo.

No hubo más diferencia entre ambas invasiones sino que en la primera venía el Cristianismo á fecundizar la tierra esterilizada por el paganismo, y en la segunda era el Corán el que venía á dominar al Evangelio.

Con fragoroso estrépito chocan las huestes musulmanas de Tarik con los soldados godos de Rodrigo, y el Guadalete adquiere la desdichada celebridad de ver desaparecer entre sus aguas la monarquía gótico-hispana.

El estandarte del Profeta sucede á la cruz de Constantino: política, religión, moral, legislación, costumbres, todo sufre un cambio radical, y una nueva civilización trata de ahogar bajo su poderoso esfuerzo la civilización antigua.

El reino gótico ha sucumbido. Ya no hay gótico-hispanos ni gótico-romanos; el *Simoun* del desierto pasa con violencia destructora sobre los pueblos y las ciudades, por los llanos y las montañas, borrando todas las huellas, destruyendo todos los restos de aquellas seculares generaciones.

Solamente queda subsistente la Cruz, símbolo tanto de una religión, cuanto de la vida de un pueblo; de una civilización que esclavonaba al pueblo que sucumbía con el pueblo que resucitaba.

Esta Cruz, que quedó flotante sobre las aguas del Guadalete, que fue arrojada de las basílicas cristianas, que dejaba de ser el emblema de una nación, fué á refugiarse en lo más fragoso de una montaña, entre escarpadas rocas, simbolizando la esterilidad de los esfuerzos del hierro musulmán sobre el granito de aquel baluarte de peñascos.

Los moros despreciaron, por su pobreza tal vez, aquel montañoso rincón de la rica Península que acababan de recorrer, sin tener en cuenta que aquellos breñales tenían una historia gloriosísima, sin pensar en su orgullosa altanería, que contra ellos se había ido á estrellar en más de una ocasión todo el poder de Roma, y que constantemente sus habitantes fueron una protesta viviente de la tiranía y de la dominación extranjera.

Cuando el agareno conquistador apercibióse de que á través de aquellas graníticas murallas se escondía un puñado de hombres que representaban la Religión, las costumbres, la tradición del pueblo que acababa de sucumbir; cuando vieron que allí se refugiaban los dispersos restos de aquellos godos que escaparon á la serie de desastres inaugurados en las márgenes del Guadalete, pensaron que el Cristianismo no había muerto todavía, que el pueblo español subsistía aún, y que era necesario plantar sobre los empinados cerros, entre los inaccesibles breñales, el estandarte del Profeta.

Más ¡ay! si según el fatalismo musulmán, *estaba escrito* que los árabes se hicieran dueños de la España, no era menos cierto también que de las herizadas montañas de Asturias partiría la primera señal de su destrucción.

Alrededor de la Cruz, que no bastaron á destruir todos los esfuerzos del infiel, se agrupan unos cuantos soldados, eligen su caudillo, guarécense en las rocas de Covadonga, y las tropas del valí El-Horr son destrozadas por aquel puñado de valientes.

El fatalismo impulsaba á los árabes á acometer colosales empresas; la fe impulsó á aquel reducido número de soldados á emprender la mas maravillosa de todas las empresas, la de resucitar un pueblo aniquilado, la de restaurar una religion destruida, la de constituir una nueva civilizacion.

De este modo, el pasado y el porvenir se eslabonan, porque ella constituye el presente; merced á ella, la cueva de Covadonga, ignorada y humilde, es conocida en todo el mundo, y sirve de cuna á aquellos famosos guerreros que realizaron la mas grande de todas las epopeyas, el mas glorioso de todos los poemas épicos, que se escribió con sangre durante el largo espacio de cerca de ocho siglos.

Descienden los astures de sus montañas, y en el oriental Pirineo los vascos enarbolan tambien el estandarte de la Cruz sin temer á aquel poderoso gigante africano que se extendia por la Península y que parecia invulnerable.

Las discordias intestinas de los mismos conquistadores favorecieron en gran manera á los defensores de la Cruz; mas cuando se creó en España un imperio musulman independiente del de Damasco, cuando Abderrahman ben Merwan ben Moawiak entroniza la dinastía Omniada en España, desafiando el tiránico poder de los Abasidas, parece haber sonado la última hora para aquellos puñados de guerreros, débiles arbustos que crecian en medio de una tierra combatida por los mas violentos huracanes.

Brillante época para la España árabe la del califato, en que cada monarca merece ocupar un lugar privilegiado en la historia. Los Abderrahman, los Alhakem y los Hixem, ocupando el solio de Córdoba durante tres siglos, elevaron y engrandecieron de tal modo su poder, que las ciencias, las artes, las conquistas, la industria, se desarrollaron con prodigiosa violencia.

Mientras se creaban bibliotecas y academias, ejércitos llenos de entusiasmo salvan los Pirineos, y el estandarte de Mahoma se enseorea sobre los muros de Narbona y en las cercanías de Marsella; mientras se elevan mezquitas y se construyen palacios, verdaderas maravillas del arte, el África queda sujeta al dominio de la España musulmana; y á la par que los perfumes y las danzas voluptuosas y los armoniosos cantares resuenan en el fantástico castillo de Zahara, los monarcas mas poderosos del mundo, los mismos reyes cristianos de España envian embajadas, solicitan la amistad ó buscan la proteccion de tan esclarecidos califas.

El postrer momento parece haber sonado para aquellos puñados de guerreros de la Cruz esparcidos por la extensa Península española. Almanzor el *Invencible* los desbarata en cincuenta batallas, y de nuevo las inaccesibles rocas de Asturias recogen á los desechos restos de las legiones cristianas.

Un sol brillante, despejado, esplendoroso, cobija bajo sus ardientes rayos la España de los califas; mas como no hay sol sin ocaso, á la par que comenzó á iluminar á los guerreros de la Cruz, pribó de sus fúlgidos destellos á infieles, sepultando entre el polvo de sus victorias al invencible Almanzor en las alturas de Kalat-al-Nosor (Calatañazor).

Con la muerte del esforzado musulman derrúbase el poderoso imperio Omniada, y tantos cuantos *valles* mandaban en provincias españolas, son otros tantos reyes que dividiendo sus fuerzas, moyéndolas entre sí á impulsos de sus ambiciones ó de sus envidias, abren la anchurosa brecha por la cual penetraba la espada de la Cruz.

Necesario es convenir que no era la civilizacion mahometana la llamada á guiar á la humanidad por el extenso camino de los tiempos, puesto que habiendo llegado á tan colosal poderío, á un grado tan inmenso de poder, sucumbió cual otro Aquiles al esfuerzo del tal vez mas despreciado y abatido de los guerreros. Efectivamente, ¿en qué principios se apoyaba aquella civilizacion nacida bajo un sol de fuego, entre hirvientes arenales, y amasada y nutrida entre ardientes pasiones y lascivos deleites?

Su símbolo, era la fuerza; su principio religioso, el fatalismo; su moral, la satisfaccion de los deleites materiales; su credo político, el mas feroz de los despotismos.

Existía el fanatismo en aquellas poderosas masas, pero les faltaba la fe; poseian la fuerza que destruye, no la razon que convence; y su dominio, sostenido por tan deleznales cimientos, no podia menos de sucumbir ante otra fuerza mas poderosa, mas imperecedera.

De la descomposicion del imperio musulman, sobre el cual se arrojan como carniceros buitres los valies sarracenos, aprovéchanse los cristianos; descienden de sus montañas, y la Cruz vuelve á brillar en los altos alminares de las mezquitas islamitas, tornando á ser la Toledo de los Godos la metrópoli de los cristianos.

Sobre una espada se apoyaba el poder de la dinastía Omniada, faltóle esta y se derrumbó con estrépito dejando franco el paso á los agentes de la mas poderosa de todas las civilizaciones.

Fraccionanse los reinos musulmanes, fraccionanse á su vez las monarquías cristianas, las discordias civiles que á los agarenos dividen hácese extensivas á los reyes de la España restauradora, y las malhadadas divisiones dispuestas por algunos de estos, dieron el funestísimo espectáculo de las luchas entre hermanos y parientes.

Mas á pesar de eso no dominan el odio contra el invasor. Las Navas y Clavijo lavan las derrotas de Alarcos y de Uclés, y la famosa victoria del Salado sirvió de fatídico augurio á los árabes andaluces, en cuyo territorio habíase concentrado todo el poder musulman de España.

La obra colosal empezada por Pelayo se halla próxima á su término; heredera de Córdoba, Granada, conforme aquella tuvo un Hixem que la precipitó á la ruina, esta tuvo un Boabdil que la perdiera.

La Cruz cristiana, recorriendo por espacio de ocho siglos la tierra ocupada por el infiel, llama á las puertas de la ciudad de los Alhamares, y la grande Isabel I termina en la Alhambra la mision empezada en Covadonga.

Obra colosal, como hemos dicho en otro lugar, veremos en el inmenso período que vamos á recorrer, las mas titánicas luchas, las creaciones mas maravillosas, los génius mas grandes, las mas encantadoras manifestaciones del arte, y sobre todo la fe sublime, la heroica constancia, los costosos sacrificios de un puñado de hombres, que realizaron la mas grande de las epopeyas y que todavía no ha encontrado un Homero que sepa cantarla dignamente.



ASALTO DE MÉRIDA POR LOS ÁRABES.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.